

Creación artística

Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños. Volumen 55.

En lo más ancho del Estrecho. 1992-2017. 25 años, 25 historias

Fernando García Arévalo

El reportero independiente Fernando García Arévalo lleva desde 1992 documentando las migraciones irregulares de esta parte del mundo. Un resumen de su ingente trabajo periodístico puede verse en su libro *En lo más ancho del Estrecho*, editado por la editorial libros.com

En nuestras páginas de *Creación artística* mostramos una parte de su trabajo.

*Llevaba varios años enfermo, con náuseas, pero no lo sabía.
Ahora me encuentro algo mejor. He vomitado todo lo que me hacía daño.
25 arcadas, he tenido un vómito de 25 arcadas*

Con estas frases intento resumir de manera breve y rotunda lo que para mí ha supuesto la realización de este trabajo.

Las imágenes que lo ilustran han ido surgiendo por sí solas, poco a poco, y lo único que he hecho ha sido estar ante ellas para intentar comprender y capturar el momento de la manera más profesional posible, sin olvidar jamás que es la vida y la dignidad de las personas lo que sustenta una civilización.

Por otro lado, están los veinticinco textos que se funden con sus correspondientes historias, todos ellos escritos casi de una tacada y sin concesiones. Palabras duras, frases hirientes, tono asfixiante; datos, información, periodismo... Los hechos, tozudos, pueden ser narrados de mil maneras pero siempre con la veracidad y exactitud en el relato como aspiración máxima. Nunca me cansaré de repetir que levantar acta –un periodista honesto no es más que un notario de su tiempo– de las migraciones irregulares en esta parte del mundo ha sido, es y será mi obligación. Es lo que pienso y espero seguir pensando, mientras considere que merece la pena

ejercer esta profesión, incluso siendo plenamente consciente de la profunda crisis económica, ética y de credibilidad por la que atraviesa.

Asistimos a diario a una auténtica orgía de información. Nos asedian constantemente con imágenes estáticas o en movimiento, capturadas desde todos los ángulos posibles y que, por reiteradas, banalizan los hechos, por muy tremendos que puedan llegar a ser. Asqueados, dóciles, inconscientes y saturados de tanta paranoia online, hemos perdido la capacidad de asombro y pasamos cual yonquis a la búsqueda de otra papelina de excitante espanto. No sorprende, por tanto, que claudiquemos ante sentimentalismos vergonzantes cocinados en programuchos de telerrealidad, que nos rindamos a tuits de dudosa procedencia y finalidad o que permanezcamos impávidos ante el desprecio a nuestra inteligencia que muestran las grandes corporaciones de comunicación.

Ante semejante panorama es más necesario que nunca apostar por un periodismo riguroso y sosegado, hecho con la noble ambición de informar y no solo con la imperiosa e infame idea de entretener y confundir para lograr beneficios

y poder. Digo todo esto porque, mientras tanto, el mundo se desploma ante nuestras propias narices y no hacemos nada. Occidente renuncia a sus valores más nobles entrando en bancarrota moral, la injusticia y la corrupción campan a sus anchas en países supuestamente democráticos, movimientos neofascistas y de ultraderecha brotan como setas en regiones que hasta hace muy poco eran impensables, centenares de miles de migrantes económicos y refugiados llaman a nuestra puerta ante la indolencia, el chovinismo y la pasividad cómplice de gobernantes y de gran parte de la sociedad.

Así, los pilares más sólidos de la Europa ilustrada se derrumban... ¿Qué son sino derrumbes los naufragios constantes a lo largo y ancho del Mediterráneo, los ahogados, miles, imposible de contabilizar con exactitud, los saltos a vallas lacerantes, las devoluciones en caliente, la explotación sistemática, el desamparo calculado, el discurso tóxico, la calumnia perversa? Toda esta barbarie hace demasiado tiempo que se convirtió en algo vergonzosamente cercano y familiar, el pan nuestro de cada día que, de tan a mano, podemos palparlo recién horneado.

“Estamos traicionando la vida”, decía el escritor José Luis San Pedro... Y tenía razón: al tiempo que avanzamos de manera frenética en lo tecnológico, retrocedemos enormemente en humanismo, nobleza y compromiso. Mientras un vehículo dirigido desde tierra puede moverse sin problemas por la superficie de Marte, el cinismo sin complejos de los poderosos pretende hacernos creer, y lo está consiguiendo, que es imposible dirigir y organizar los movimientos de personas en nuestro planeta. Ante esto, gentuza sin escrúpulos se aprovecha y organiza cada vez más, formando poderosas estructuras mafiosas que controlan los flujos migratorios de los más desfavorecidos que, sin otra salida, pagan verdaderas fortunas por realizar algo que se les niega poder hacer con total libertad. Indigna que algunos conviertan el drama en válvula de presión susceptible de poder abrirse y cerrarse en función de interés espurios, y clama al cielo que algo así ocurra en pleno siglo XXI. Tendría que avergonzarnos el desprecio absoluto que mostramos ante la Declaración Universal de

Derechos Humanos, que de manera explícita y rotunda dice en su artículo 13: “1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado. 2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país”.

Asimismo, los nuevos dispositivos electrónicos permiten con una facilidad insultante que cualquier persona grabe, envíe y cuelgue, sin filtro alguno, todo tipo de archivos en las redes sociales, convirtiéndonos, *de facto*, en periodistas ocasionales. Para qué ser informado si puedo ser informador, pensamos. Ensimismados siempre en la tiranía del yo, pasamos del culto al cuerpo al culto al cuento. No solo tragamos cualquier cosa, sino que, además, contribuimos a su difusión sin ponernos a pensar en el daño irreparable que podemos estar haciéndole a la sociedad. Vamos directos al precipicio; aunque, eso sí, habrá cientos de grabaciones de nuestra caída y será emitida en *streaming*.

No siempre fue así: lo que hoy es fácil de conseguir gracias a un aviso en el móvil mientras descansamos plácidamente en casa, hace más de 25 años me costó mes y medio de guardia en el SEAT 127 de mi padre. Cada noche de agosto y parte de septiembre de 1992 recorría los cuarenta kilómetros que separan Taraguilla, mi pueblo, de Tarifa, y aparcaba el coche en algún lugar estratégico, con buenas vistas al Estrecho, para estar al amanecer bien situado oteando el horizonte con mis prismáticos. Me obsesioné con retratar una travesía de aquel pellizco de mar. Semanas atrás, una imagen en blanco y negro publicada en el periódico local *Europa Sur* y firmada por el periodista Ildefonso Sena me había impactado enormemente. En ella, un grupo de hombres de rasgos inequívocamente magrebíes intentaban cruzar en una frágil barca de madera las peligrosas aguas del Estrecho. “Quiero esa foto”, me dije.

Después de seis semanas de intentos desde tierra y no conseguir nada, una mañana, como siempre hacía tras finalizar la guardia, pasé por la sede de Cruz Roja; tras cruzar unas breves palabras con el piloto de la zódiac José María Caballero, este pronunció las palabras mágicas: “Mañana te vienes con nosotros”. Y así fue, al amanecer

del día siguiente embarqué con ellos. Cuando las condiciones meteorológicas eran buenas y todo apuntaba a posibles intentos de travesía, se hacían en zódiacs y de manera preventiva breves incursiones en aguas del Estrecho, adelantándose así a más que posibles avisos de rescate, donde cada milla y cada segundo podían ser vitales. No tardamos en divisar una patera; aunque, en honor a la verdad, quisiera decir que fui yo el que avisté con mis prismáticos aquel punto de color en el horizonte: los medios de rescate de aquella época para nada se parecían a los recursos técnicos y humanos que hoy se tienen.

Recuerdo aquel momento como si de hace unos instantes se tratase. Ahí estaba la patera..., ahí está. Los recuerdos no se eligen, el olvido no siempre se adapta a nuestras necesidades y el corazón hace su vida. Ahí está y ahí espero que siga estando mucho tiempo: jamás olvidaré la lección de coraje que me dieron aquellos hombres y mujeres que se jugaban la vida en una frágil barca de madera para poder disfrutar y conseguir lo que yo, por azar y gracias a la diosa Fortuna, tenía al alcance de mi mano.

Les pido que contextualicen aquello. Lo que hoy, por desgracia, estamos tan acostumbrados a ver, tuve la inmensa suerte de presenciarlo en directo hace más de un cuarto de siglo. Creo que es fácil que puedan hacerse una idea del impacto que supuso para un joven sin experiencia vital y profesional el presenciar la travesía y posterior desembarco. Tanto significó para mí que, desde aquel día, intento retratar la terrible odisea por la que pasan esas miles de personas que un día, asqueadas, vencidas o asustadas, deciden dejar su hogar en busca de un lugar menos hostil y más justo.

Desde el principio lo vi clarísimo: esto viene para quedarse y no vamos a ser capaces de gestionarlo. El tiempo, por desgracia, me ha dado la razón. Suscribo totalmente y hago mías las palabras del maestro Chaves Nogales que, en su magnífico prólogo de *A sangre y fuego*, dice: “Cuento lo que he visto y lo que he vivido más fielmente de lo que yo quisiera”. Siento lo mismo al repasar mi trabajo: ojalá pudiera escribir de otra forma, ojalá hubiese fotos más felices, ojalá estuviese menos indignado. Podría haber

intentado contenerme pero... ¿para qué? Escribo con la libertad de las tripas tensas, del humo negro, del asco al vicio.

Del fotoperiodismo me atrae la condición *sine qua non* de tener que estar en el lugar de los hechos. Has estado o no. Punto. “Si de algo estoy orgulloso, si hay algo que da consistencia a mi trabajo, es que nadie me ha contado lo que cuento”. Esta frase, casi calcada de *El Pintor de batallas*, de A. Pérez-Reverte, hace años que me acompaña, y procuro siempre tenerla en cuenta. Todo lo que aquí van a ver y leer les puede parecer más o menos acertado, les puede gustar mucho, poco o nada, pero lo que nunca me perdonaría sería que ustedes pensaran que soy un impostor. Lo normal en el Estrecho es desmesurado, ni siquiera hay que exagerar. Se equivocan los que afirman que este lugar del mundo es una inmensa fosa común; no estoy de acuerdo, nada tiene de común: el Estrecho, el Mediterráneo, se ha convertido en la fosa más extraordinaria de cuantas tenemos constancia. Sé que con estas palabras muchas personas pueden sentirse golpeadas; créanme cuando les digo que no lo siento en absoluto. Me vienen a la memoria aquellas desgarradoras palabras pronunciadas por Ángela Merkel al comienzo de la crisis de los refugiados de 2015: “Si voy a tener que pedir disculpas por ofrecer una cara amable a personas en situación de emergencia, este ya no es mi país”. No puedo estar más de acuerdo. Respecto a utilizar términos más o menos ofensivos al hablar de este tema opino lo mismo que la canciller alemana, y respondo que, si tengo que pedir disculpas por hablar claro en defensa de los más desfavorecidos, entonces quizá ya nada merezca la pena. Acostumbrado a recibir golpes, he aprendido que, para golpear y hacer daño, tan importante es acercarse como alejarse para ver las cosas con perspectiva. ¿Veinticinco años de trabajo les parece suficiente?

Cuando me preguntan qué ha cambiado en todos estos años, siempre contesto lo mismo: “En lo que importa, nada”. Les doy un dato que por incuestionable se vuelve imprescindible: siguen viniendo los mismos y por las mismas razones. Siguen ahogándose los de siempre y, antes de hundirse, gritan. Como siempre. Estamos como al principio, estamos en lo más ancho del Estrecho.

Estrecho de los caídos

Fosa común de razas, monumento a los caídos.
Mares que se entremezclan para repartirse muertos.

Corrientes que colisionan frente a un Gólgota plomizo.
Aguas fortificadas de tanto soplar el viento.

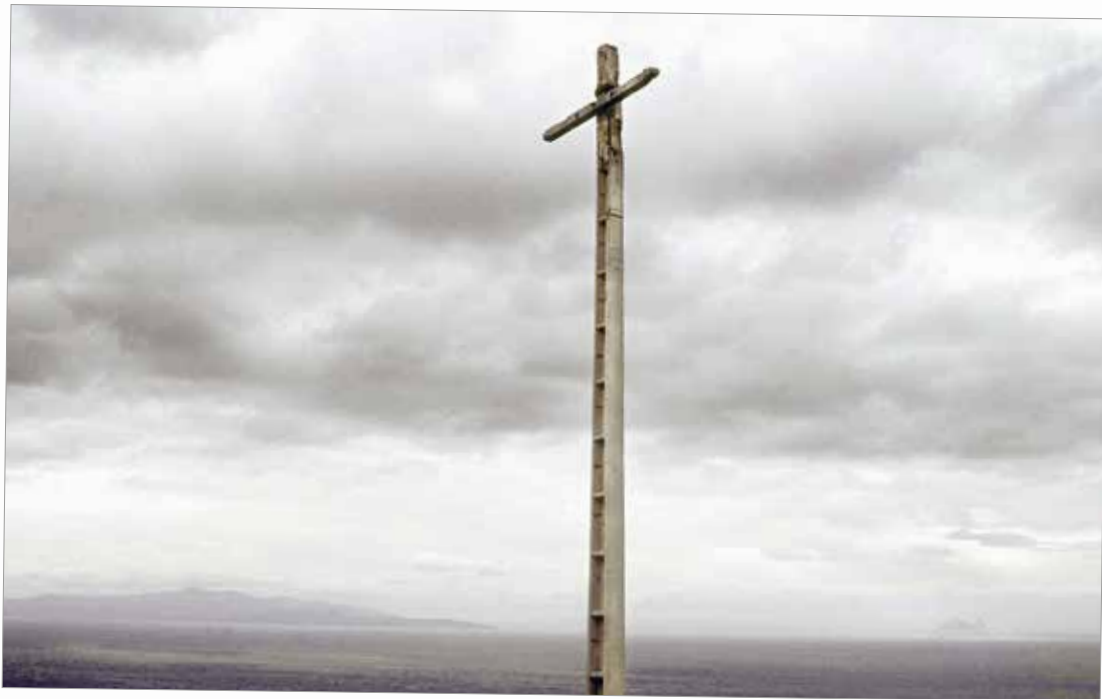
Abismo.
Puerta.

Y hay delfines, y ballenas.
Y cometas de colores que hacen volar criaturas como si fuese un cuento.

Estrecho de incertidumbres. Navegable y traicionero.

Para audaces y cobardes. Para narcos y poetas.
Para soñadores libres, para los que sin serlo sueñan.

Estrecho de los rebeldes, Estrecho de los sumisos.
Estrecho de los que llegan, Estrecho de los caídos.



Vista del estrecho de Gibraltar desde el monte Hacho.
Ceuta, España. Enero 2000

Ocultos

Invisibles como personas.

Anónimos como amenazas.

Escondidos como delincuentes.

Encapuchados como terroristas.

Camuflados como enemigos.

Cubiertos como cadáveres.

Tapados como vergüenzas.

Protegidos como testigos.

Velados como mentiras.

Ocultos como verdades.



Dos emigrantes marroquíes esperan en una pensión de la medina de Tánger el momento de poder cruzar en patera el Estrecho de Gibraltar Tánger, Marruecos. Mayo 1999

Irregular, no ilegal

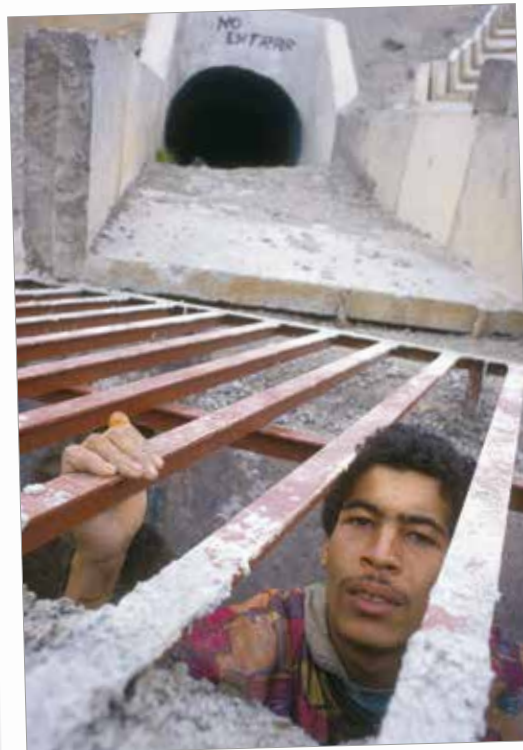
El irregular sortea alambradas que le impiden desplazarse con libertad y se deja literalmente la piel en el intento. El ilegal vive de fomentar y alimentar fronteras que deben ser protegidas por alambradas.

El irregular se esconde en el sumidero porque no quiere ser arrojado por él. El ilegal atasca el sumidero hasta que estalla para exigir la necesidad de otro.

El irregular utiliza la cloaca para escapar de la miseria. El ilegal es la rata que vive en la cloaca, de la cloaca y para la cloaca.

El irregular se refugia en la oscuridad y en las sombras cuando no puede ser visto tal como es. El ilegal es capaz de proyectar su sombra hasta en la oscuridad más profunda.

Revolverse ante la falta de libertad no es una ilegalidad, es un deber; no luchar para alcanzarla es un pecado no una opción.



Un inmigrante irregular marroquí ve frustrada su entrada a territorio español tras utilizar una de las alcantarillas que cruzan la valla fronteriza entre Marruecos y España.
Barrio del Príncipe, Ceuta. Marzo 2001



Un emigrante marroquí observa agazapado entre alambradas los movimientos de la policía para poder entrar irregularmente en territorio español. Ceuta, España. Noviembre 1996

La travesía

Salimos en una barca hundida minutos antes de que el sol flotara en el horizonte. No sé cuántos éramos. No pude ni quise contarnos. Para qué. Recuerdo peces voladores desafiando descaradamente leyes físicas elementales. Recuerdo olas perezosas e indolentes negándose a complicarnos el viaje. Recuerdo el telón de fondo del escenario: naranja, aterciopelado y noble, al norte, roto por la silueta azulada y nerviosa de un hombre que rezaba aferrado a la roda de proa. Empieza la función, pensé. Recuerdo a una mujer que no paraba de callar, petrificada por el miedo o por ser capaz de tener bajo control cada milímetro de su sistema nervioso, respirando solo lo necesario, sin malgastar un gesto, sin desperdiciar un átomo de energía que pudiera salvarla más adelante. Recuerdo estar sentado con la espalda pegada al costado de estribor y las piernas entumecidas

aplastándome el pecho. Recuerdo oír con claridad el latir de un corazón. ¿El mío? Lo dudo: aquellas palpitaciones no me sonaban de nada a pesar de sentir las dentro de mí. Recuerdo ver una lancha con cruces rojas pintadas en el casco dirigiéndose velozmente a nosotros. ¿Venían a salvarnos? ¿Salvarnos...? Recuerdo a sus tripulantes hacer gestos ostentosos pidiéndonos calma. Obedecemos. Navegamos juntos el resto del trayecto y durante todo ese tiempo vimos al patrón hablar por radio. La travesía no fue muy larga pero se nos hizo eterna. Solo 14 kilómetros. ¿Solo? Recuerdo ver, ya cerca de la costa, a guardias esperándonos en tierra. Recuerdo peces que un día volaron desafiando leyes físicas elementales yacer muertos en la playa. Recuerdo olas suicidas rompiendo sobre pedruscos, como heraldos de un desembarco triste y derrotado. Recuerdo ver llorar al hombre



Migrantes irregulares marroquíes cruzan en patera el estrecho de Gibraltar y desembarcan en una playa cerca de Punta Camorro, Tarifa, España.
Estrecho de Gibraltar, frontera natural entre África y Europa. Septiembre 1992

de proa y a la mujer serena perder el control de cada milímetro de su sistema nervioso. Recuerdo un corazón; ahora sí era el mío: obligado durante años al desgaste del latir sin esperanza, lo hace

fácilmente reconocible. Recuerdo llegar a tierra y ser detenidos nada más pisarla. Recuerdo que todos sabíamos nuestro destino. No recuerdo nada más..., para qué.





Quijote

Y comenzó a caminar.*

Como un Quijote, empezó a caminar.

Y no paró. Y no miró atrás. Y los gigantes tras él.

Y la piel oscura, y la sal. Y el viaje, y el camino.

Y la mirada en el suelo. Y la nada, y el vacío.

Y los gigantes tras él. Y no paró. Y el pesar, y el pasado.

Y el recuerdo. Y el cansancio, y el hastío.

Y los gigantes tras él. Y no paró. Y sin mirar atrás.

Y el destierro, Y la huida. Y el temor.

Y el recuerdo, y el olvido. Y los gigantes tras él.

Y la duda, y el dolor, y la pena.

Y el coraje, y el orgullo. Y sin mirar atrás.

Y comenzó a caminar... con los gigantes tras él.

* Don Quijote de la Mancha. Cap. II.



Un inmigrante irregular camina errante por la carretera que une Tarifa con Algeciras tras cruzar el Estrecho y desembarcar en algún punto indeterminado de las costas de Cádiz. Nacional 340, Cádiz, España. Agosto 1992

La cara y cruz de un chantaje

Lo llevo escrito en la cara: soy una desgraciada. Ojalá se tratase solo de un encuadre rebuscado que ayude a engullir la infamia sin que nos den arcadas. La cara y cruz de un chantaje al que llaman *disfunciones**. Eufemismos en agosto para evitar sofocos aunque el cinismo es de libro y no libra del bochorno. La llevo impresa en el rostro: la cruz del paria en el lodo. No tengo brillo en los ojos pero brillan los del niño. Mi tristeza en la mirada se clava como una daga, pero mirando a mi hijo la herida se queda en nada. Subidos sobre un juguete jugamos a ser Ulises, a bordo de un barco hinchable vivimos nuestra odisea. Ítaca hoy es Dakar, Ponto es un mar Estrecho; Penélope se llama Yayí, Telémaco se chupa el dedo.

* *Disfunciones*, es como llamó el Ministro del Interior marroquí Mohamed Hasad, al “descuido” durante 48 horas de sus fronteras marítimas.



Una mujer y su hijo, integrantes de la mayor oleada de inmigrantes irregulares de la historia en el Estrecho –en sólo dos días 1.219 personas repartidas en 125 balsas hinchables–, descansan en una pista de pádel tras ser aprehendidos por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado cuando intentaban llegar a las costas de Cádiz en una pequeña embarcación de juguete. Polideportivo Municipal de Tarifa, Cádiz, España. Agosto 2014

Muerto

Desprende un tufo asqueroso, vicia el aire, corrompe. Enferma todo a su alcance; infecta, contagia, pudre. No es el cadáver de un hombre, es la muerte del sistema lo que tanto nos repugna y nos hace dar arcadas. Siglos de pensamiento asfixiados boca abajo; ética, moral y esfuerzo corroídos por cangrejos. No es el cadáver de un hombre, es la prueba del delito

que en convictos nos convierte. Fuimos y ya no somos. Traicionamos una idea, desertamos de un deseo. Muerte, muerto, cuerpo, resto. No es el cadáver de un hombre, es la derrota absoluta con el corazón parado y los bronquios inundados. Anoxia por indolencia, infarto por apatía. No, no es el cadáver de un hombre, es el hombre el que está muerto.



El cuerpo de un inmigrante irregular yace ahogado en una playa cerca de la cala de La Jabonera. Tarifa, Cádiz. Enero 2000

La vuelta

Los dioses fallan. Los hechos zanja. La muerte acata. El pueblo asume. La madre grita. La pena estalla. Los hombres rezan. Los niños callan. La vida aprieta. Los sueños dudan. El día espanta. La niebla inunda. La luz

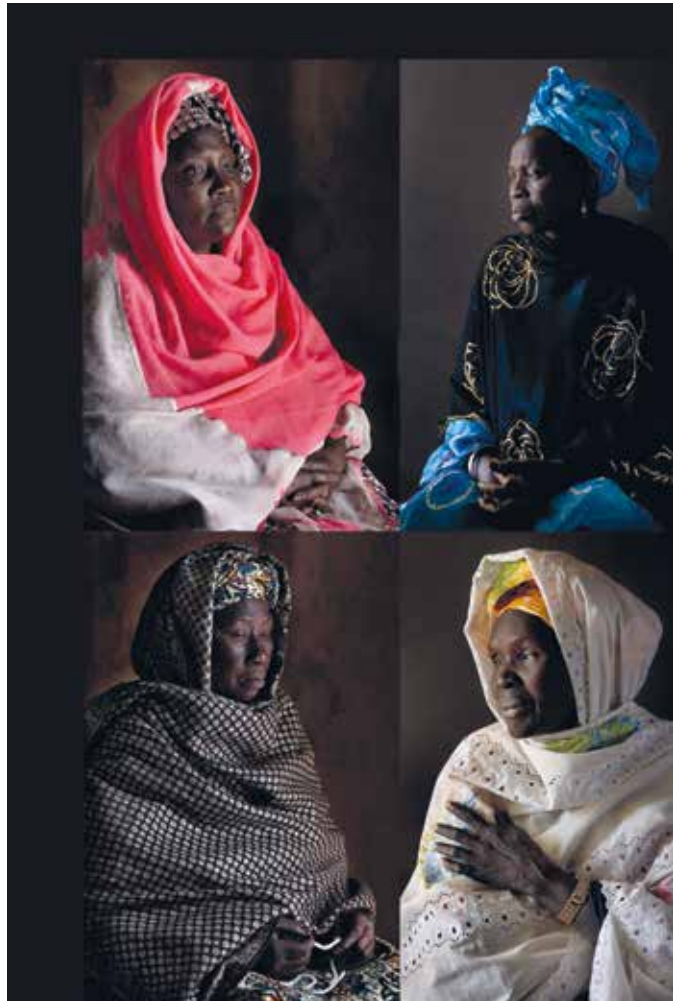
bosteza. La tierra enfanga. El aire espesa. La fosa aguarda. El muerto yace. El coste abruma. La escena escupe. La rabia espeta. El frío cala. La nada invade. El duelo empieza. El cuerpo quiebra. La vuelta rasga.



Entierro de Aldelhadi Tounsi, de 18 años, en su aldea natal, Zoair. El joven marroquí era uno de los 37 cadáveres que la mañana del 25 octubre de 2003 aparecieron ahogados tras hundirse la patera en la que intentaban llegar a España. Hasta la fecha, este naufragio continúa siendo la mayor de las tragedias sobre inmigración irregular acaecida en las costas españolas. Zohair, región de Beni Melal, Marruecos. Diciembre 2003

La carta I

Hola, hijo. No quise decírtelo entonces y luego no tuve oportunidad, pero supe, pues las madres lo sabemos todo sobre los hijos, que marchabas a Europa al darme el beso de despedida. Trataste de engañarme, claro, diciéndome que ibas unos días a la capital a buscar trabajo, pero... , aquel beso te delató, jamás me habías besado así: te acercaste callado, esquivando la mirada, sabiendo que no podrías soportarla si en algún momento nuestros ojos se encontraban. Entendí, pues las madres entendemos siempre a los hijos, que quizá jamás volveríamos a vernos. Nos abrazamos, me estrujaste fuerte, muy fuerte, como queriendo reducir mi cuerpo y así poder llevarme contigo. Intuí, pues las madres lo intuimos todo en los hijos, que aun haciendo un hueco en tu exiguo equipaje no habría tenido ningún sentido partir juntos. Y te fuiste, solo. Pensé, pues las madres piensan siempre en sus hijos, que quizá jamás volveríamos a sentirnos. Revivo con asombrosa claridad aquellos segundos eternamente breves en los que permanecemos entrelazados. Recuerdo tu luz apagada y el desboque de tu corazón. Recuerdo, pues las madres lo recordamos todo de nuestros hijos, que sus latidos, sin esa musiquilla a la que me acostumbré cuando de pequeño te daba el pecho, no engañaban. Recuerdo tu impostura en la despedida, recuerdo aquella forzada ausencia de sentimentalismo que, días más tarde, con la serenidad balsámica que otorga acatar hechos consumados, atribuí a la necesidad de demostrarte a ti mismo que eras un hombre. Qué tonto: ¿dónde está escrito que un hombre no puede derrumbarse ante su madre?, ¿quién ha dicho que eso lo hace menos hombre?



Madres del Colectivo de Mujeres por la Lucha contra la Emigración Clandestina en Senegal posan en el almacén de mijo que posee el colectivo. Todas las que forman esta asociación han perdido un hijo o un familiar cercano en el intento de llegar a Europa irregularmente.
Thiaroye sur mer, Dakar, Senegal. Febrero 2009

Recuerdo el repliegue helado de tu aliento al separarte. Recuerdo el beso de tus labios tensos e inertes, incapaces de amoldarse al rostro: labios de despedida, de adiós, de hasta siempre, de hasta nunca. Y desapareciste... Y ahora, con temblor en los ojos y unas manos que lloran, te escribo estas palabras huérfanas que abandono a la intemperie, sin el refugio de un sobre con destino. Hijo... ¿Dónde estás? ¿Qué ha sido de ti? Por favor, haz algo, di algo. Me ahogo, muero..., pues de todos es sabido que las madres siempre mueren por sus hijos.



Colgados

Colgados a un imposible. Suspendidos en el Caire. Osados funambulistas. Acróbatas a destajo. Levitan, pero no avanzan; se elevan, pero no vuelan. Del suelo nunca despegan aunque crean ir al cielo. Solos, en el vacío, expuestos a la intemperie. Peleles dando bandazos sin un

Goya que los pinte. Marionetas de fantoches que colgadas dan espanto. Títeres que dan el pego mientras vamos de indulgentes. Qué vergüenza. Qué circo más repugnante. Qué falso brillo nos ciega. Colgados todos del limbo: unos por indecentes y otros por ser ingenuos.



Una cuadrilla de inmigrantes irregulares trabaja en la construcción de un invernadero.
La Mojonera, Almería, España. Diciembre 1995

